

Rufino Blanco-Fombona y su editorial "América"

OSCAR SAMBRANO URDANETA

La Casa de Bello
—Caracas—

He venido a dialogar acerca de Rufino Blanco-Fombona y su Editorial "América". Intentaré demostrar que fue esta empresa la primera que favoreció las relaciones literarias entre España y América¹. Para comprobar esta tesis debo señalar rápidamente algunas de las circunstancias dentro de las cuales nació, se desarrolló y desapareció dicha editora, no sin antes haber satisfecho plenamente su objetivo primordial que consistió en convertirse en el primer centro de divulgación sistemática de la literatura, la historia y el pensamiento de América Latina.

En *Camino de imperfección*², uno de los tres estupendos diarios de vida de Blanco-Fombona, refiere éste su salida de un París que veía expirar los años dorados de la *belle époque* frente a la amenaza cierta de la guerra mundial. En agosto de 1914, don Rufino entró en territorio

1. "Relaciones literarias entre España y América" es precisamente el título del capítulo VIII de la obra de Blanco-Fombona, *La espada del samuray*, Madrid, Mundo Latino, 1924, 356 pp.
2. *Camino de imperfección. Diario de mi vida, 1906-1914*, Madrid, Editorial "América" [1933?], 381 pp. El teresiano título de *Camino de perfección* había sido utilizado en uno de sus libros de ensayo (1911), en el que este gran prosista del modernismo hispanoamericano traza una mordaz biografía espiritual de don Perfecto, esto es, de un rancio académico. ¿A quién de los tres, Teresa de Jesús, Baroja o Díaz Rodríguez, alude el título de Blanco-Fombona, que vendría a ser, por ello, un antítítulo?

español, por San Sebastián; y en septiembre se encontraba instalado en Madrid, en el número 25 de la "calle del Marqués de Urquijo, cerca del precioso Paseo de Rosales"³. Creyó entonces que no pasaría mucho tiempo sin retornar a Francia. No iba a ser así. España habría de convertirse en su residencia definitiva desde aquellos meses finales del 14 hasta comienzos del 36. Después de la muerte del tirano Juan Vicente Gómez, en diciembre de 1935, Blanco-Fombona regresó a Venezuela tras un largo y batallador exilio que duró veintiséis años sin dar ni pedir tregua. Este cuarto de siglo transcurre casi por entero en España y es testigo de la plenitud vital e intelectual de don Rufino. Lo mucho que significó este país para el desterrado podemos encontrarlo en significativos pasajes de sus diarios. España estaba en él antes de conocerla. Le llegaba sangre arriba por sus antepasados asturianos. Le había inundado el espíritu gracias a sus intensas lecturas de los grandes creadores del Siglo de Oro. Y estaba subyugado por la fuerza viril y las hazañas del conquistador español del siglo XVI, tema de uno de sus libros históricos fundamentales. Era, pues, natural que un caraqueño de alma tan hispánica como Blanco-Fombona se sintiese en España como en casa propia; y era comprensible que el viejo león ibérico protegiese a su cachorro ultramarino.

Esta mutua compenetración entre el escritor y la tierra de sus ancestros ha sido comentada en varias ocasiones. Pero quisiera corroborarla hoy con las autorizadas palabras de un distinguido historiador y crítico literario, Andrés González Blanco, de origen asturiano como don Rufino, y amigo de éste:

"Rufino Blanco-Fombona, por los cuatro costados, tiene sangre española, nos pertenece; y la verdad es que en su vida hay no sé de clásico hidalgo aventurero, y en su obra un fondo de humor y de verismo que se observa en las novelas clásicas de nuestra literatura"⁴.

Otros hechos reveladores de los sentimientos de afecto, de respeto y de admiración con que fue recibido Blanco-Fombona por la *intelligentzia* española alcanzaron caracteres verdaderamente extraordinarios. Basta recordar, según creo, las excelentes páginas que algunos críticos muy estimados consagraron a la obra de Blanco-Fombona: Eduardo Gómez Baquero, que popularizó en la prensa matritense y americana el pseudónimo de *Andrenio*; el sevillano Rafael Cansinos-Assenz, uno de los profetas del Ultraísmo; Enrique Díez Canedo, mexicano de larga residencia en España, poeta y crítico de notable proyección en las corrientes renovadoras de la poesía castellana; el catedrático Julio Cejador y Frauca;

3. *Camino de imperfección*, p. 365.

4. Cit. por Manuel Granell: *Del pensar venezolano*, p. 148, Caracas, Ediciones Catana, 1967, 296 pp.

F. Carmona Nenclares; el novelista José Díaz Fernández; el mallorquino Gabriel Alomar.

El suceso de mayor significación se produce en 1926 cuando notables figuras de sectores muy influyentes y respetables de la vida intelectual, científica y política de España proponen a Blanco-Fombona como candidato al Premio Nóbel de Literatura. De nuevo parece inevitable la cita textual, que esta vez procede de páginas autobiográficas de Blanco-Fombona:

"No puedo menos que recordar emocionado que en España se ha pedido para mí el Premio Nóbel de Literatura. ¿Y cómo olvidar que la solicitud lleva algunas de las firmas más ilustres de España? En efecto, la han suscrito los mayores hombres de ciencia, desde el doctor Marañón —Marañón se llama también el Amazonas— hasta el inventor Torres Quevedo; los mayores políticos, desde don Julián Basteiro, profesor de Lógica en la Universidad de Madrid, jefe el más connotado del Partido Socialista y actual presidente de las Cortes Constituyentes, hasta el conde Romanones, ex jefe del Gobierno y director del Partido Liberal Monárquico; los mayores creadores literarios, desde don Ramón del Valle-Inclán hasta don Ramón Pérez de Ayala; y los maestros de la crítica, desde don Ramón Menéndez Pidal, director de la Academia Española hasta Gómez de Baquero, autoridad suprema en punto a letras mientras vivió"⁵.

Quiero mencionar de último un hecho diferente que, por ello mismo, complementa los anteriores e ilustra la excepcional compenetración del venezolano con los estamentos fundamentales del pueblo español. Como se recordará, en 1931 el Gobierno de la República Española concedió la nacionalidad a todos los hijos de las naciones hispanoamericanas residentes en la Península, sin que ello los obligase a renunciar a la propia de origen. Dos años después de haber entrado en vigor el decreto correspondiente, Blanco-Fombona fue nombrado gobernador de Almería, luego de Navarra, y, finalmente, de Canarias⁶.

Habida cuenta de sucesos tan honrosos como satisfactorios durante su larga residencia en España, era de esperarse que Blanco-Fombona hiciese constar su impagable deuda de gratitud con las gentes de una nación que le deparó, según propia confesión, "algunas de las mayores satisfacciones y recompensas intelectuales que jamás tuve"⁷. Y Añade:

5. *Camino de imperfección*, p. 375.

6. Blanco-Fombona no llegó a encargarse de la Gobernación de Canarias.

7. *Camino de imperfección*, p. 377.

"Si no hubiera vivido y escrito en España, centro intelectual de tradición e influencias universales, no creo que se hubieran ocupado de mi trabajo algunos escritores extranjeros. Eso más pongo, reconocido, en el haber de España"⁸.

Sólo es de lamentar que los manuscritos inéditos del diario de su vida correspondiente a la mayor parte de su tiempo en España (los años que van de 1914 a 1926 ó 1927), hubiesen sido robados y destruidos por agentes al servicio de la dictadura gomecista.

"Precisamente en esos años —acota Blanco-Fombona— consta lo mejor de mi vida en España, la historia más o menos indiscreta, *au jour le jour*, con la generación española con la que he convivido y lo más sincero y maduro de mi espíritu!"⁹

Permítanme que esboce ahora la silueta del Rufino Blanco-Fombona que llegó a Madrid en 1914. Era, por entonces, un recio varón de cuarenta años de edad en plenitud de facultades. Dos grandes pasiones, de signo contrario, dominaban su vida. Por una parte está su deslumbramiento ante la figura magna del Libertador Simón Bolívar, glorioso antepasado suyo que explica mucho de su carácter y de su conducta, y que inspira buena parte de su obra. Por la otra, su odio concentrado e irreversible contra Juan Vicente Gómez, el tirano de Venezuela que le mantiene viva la llama del combativo libelista.

En los cuarenta años de vida que preceden su arribo definitivo a España la existencia de Blanco-Fombona es comparable a la de un personaje del realismo mágico, o, si se prefiere, del realismo maravilloso. No creo propia esta ocasión para enumerar algunos de los episodios casi increíbles que fueron tejiendo en torno a su figura una leyenda romántica de duelos y amoríos, de cárceles y destierros. Ya en su tiempo se hizo lugar común compararlo con un *condottiero* del Renacimiento italiano, por su gran admiración hacia Lorenzo de Medicis, el Magnífico. Para formarse una idea de cómo era Blanco-Fombona a comienzos de este siglo, bastaría releer el retrato abocetado que trazó de él Rubén Darío. Allí el insigne nicaragüense recuerda, por ejemplo, los sentimientos que por Blanco-Fombona experimentaba el gran Benvenuto Cellini, quien tenía en mucha estima y cariño al venezolano "porque mostraba un gentil hablar, una gallarda figura y un ímpetu brillante para cosas de placer y de pendencia, además de sus relaciones con las musas, docto en finas rimas, finas dagas y finas palabras". Ante un personaje tan desconcertante, Darío comenta al final de su esbozo de Blanco-Fombona.

8. *Ibid.*, p. 376.

9. *Ibid.*, p. 373.

"Hoy, en una mañana ardorosa de las calendas de mayo, del año 1904, en la ciudad de Florencia, he escrito las líneas anteriores, que he leído varias veces con meditación y cuidado. Lo que contienen, ¿es una creación de la fantasía, o bien un fijo recuerdo de una pasada realidad, o la concentración de un sueño?"¹⁰

Diez años más tarde de este encuentro en Florencia, Blanco-Fombona ingresó en España. Era —como lo describe Darío— un hombre de grandes y contradictorias experiencias, capaz de exaltarse con facilidad, pero de pasar en un instante de la violencia a la blandura. No sólo "seguía el cultivo de su individuo, y el de los versos, y el de su fresca y valiente vida", como lo apunta el nicaragüense¹¹, sino que fue un trabajador intelectual y un estudioso de sorprendente método y perseverancia. Leía y escribía en varios idiomas, incluyendo el latín. Su refinada y amplia cultura, su disciplina y su notable fuerza creadora llegaron a hacer de él un verdadero polígrafo. Cultivó con éxito casi todos los géneros. De su pluma salieron novelas, cuentos, poemas, ensayos, biografías, crítica literaria, historia de América, libelos políticos, artículos de periódico. Su copiosa y variada obra sitúa a Blanco-Fombona entre las figuras más completas y las inteligencias más versátiles del Modernismo hispanoamericano.

Sin menoscabo de una vocación universal como la suya, que se nutrió del pensamiento y de la creación artística de muchos pueblos y épocas, fue de su gusto declarar la especialísima preferencia que experimentó por América, España y Francia. Con seguridad una de las ideas directrices de toda su obra está condensada en esta reflexión:

"Nuestra América me infundió un patriotismo continental. Este sentimiento ha evolucionado hacia un patriotismo de raza. Y ahora comprendo que ser hombre significa no ser extraño a ningún hombre"¹².

Tres estadios, cada uno más amplio que el precedente, lo impulsan hacia lo universal. Parte de un sentimiento americano que se proyecta hacia lo hispánico apoyándose en la comunidad de razas, de lengua y tradición cultural sembradas en el Nuevo Mundo por los antepasados españoles. Un ideal ecuménico corona, finalmente, su postura ideológica a este respecto, ideal que don Rufino sintetiza en esta frase: "la de hombre es una profesión común a la humanidad (...) que debe fraternizarnos a todos"¹³.

10. Rubén Darío, Sobre *"Pequeña ópera lírica"*, en *Obras completas*, tomo III, *Viajes y Crónicas*, "Florencia", Madrid, Afrodísio Aguado, 1950, pp. 972-975.

11. *Ibid.*, p. 974.

12. *Camino de imperfección*, p. 370.

13. *Ibid.*, p. 370.

Trataré de explicar algunas consecuencias de las reflexiones que acabo de transcribir. Cuando Blanco-Fombona llega a España, es la América hispanohablante a la que se siente unido por un sentimiento que denomina "patriotismo continental", y que no es otra cosa que el convencimiento de que la América Española es un solo pueblo de México a la Patagonia. Tal concepción americanista fue la doctrina fundamental que inspiró las acciones de Simón Bolívar y Andrés Bello. No existen para él figuras históricas cuya actividad y pensamiento en materia de integración americana superen a los nombrados. Mas, por causas que no son del caso examinar ahora, España vivía reconcentrada en sí misma, de espaldas a la América Española, hundida en el marasmo que con tanta profundidad había analizado diecinueve años antes, Unamuno, en el último de sus cinco célebres ensayos titulados *En torno al casticismo*.

¿Cuál es la nota dominante que Blanco-Fombona encuentra en España con relación a Simón Bolívar, y cuál es el conocimiento y aprecio que se le tiene a los escritores de la América Hispana, por parte de sus colegas peninsulares? Cedo la palabra a quienes pueden darnos respuesta testimonial. En lo relativo a la memoria de Bolívar, acudo al propio don Rufino, quien apunta lo siguiente en uno de sus diarios:

"Cuando llegué a Madrid en 1914, echado de París por la guerra, el nombre de Bolívar equivalía en España, a una palabra malsonante. Era de mal gusto pronunciarla. Referirse a alguna de sus ideas o de sus acciones, hablando con españoles, era considerado una falta de tacto. Evitaban mencionarlo, principalmente, los diplomáticos hispanoamericanos. Es decir, hombres que sin Bolívar no estarían viviendo en palacios, cobrando grandes sueldos, asistiendo a banquetes, considerados, halagados, condecorados"¹⁴.

¿Cuál fue la respuesta de Blanco-Fombona frente a este categórico rechazo a la figura de Bolívar? Don Rufino mismo lo explica a renglón seguido. Dos meses después de residenciarse en Madrid publicó un extenso volumen, *Bolívar por los más grandes escritores de América*, que lleva de prólogo un trabajo sobre el Libertador, nada menos que de Unamuno, quien lo escribió a solicitud de Blanco-Fombona. La obra apareció con el sello de la editorial *Renacimiento*, que era la casa de moda. Esto fue sólo el comienzo. Blanco-Fombona mantuvo su prédica pública y privada en defensa y elogio de Bolívar, enfrentando muchas y muy enérgicas resistencias. Pasados quince o dieciséis años, vio triunfar una de sus tesis capitales, cuya simple enunciación era ésta: Bolívar es "el

14. R. Blanco-Fombona, *Dos años y medio de inquietud (1928-1930)*, p. 178, Caracas, Impresores Unidos, 1942, 304 pp. Prólogo de Pedro-Emlilio Coll.

más grande español nacido fuera de España"¹⁵. Así, cuando en 1930 se conmemoró el centenario de la muerte del Libertador, un columnista del diario madrileño *ABC*, al hacerse eco del reiterado punto de vista de Blanco-Fombona, dijo:

"Bolívar es una gloria netamente hispana que no debemos dejarnos arrebatarse, a pretexto de un falso patriotismo que hoy no tiene razón alguna de ser (...) En Bolívar seguramente, más que en ningún otro prócer de la independencia hispanoamericana, está personificado el carácter español con todos sus heroísmos, con todas sus arrogancias, con todas sus virtudes e incluso con todos sus defectos"¹⁶.

Blanco-Fombona mismo aclara que en este cambio radical de actitud frente a Bolívar se sumaron las acciones de otros hispanoamericanos, y no sólo la suya. Pero nadie fue tan lejos como él. Y así, cuando en el Panteón Nacional de Venezuela, en Caracas, donde reposan las cenizas del Padre de la Patria y de otros venezolanos ilustres cuya memoria es venerada en el país, se realizaba la solemne ceremonia correspondiente a la celebración del segundo centenario del nacimiento de Bolívar, la presencia y participación de sus majestades los reyes de España en aquella ceremonia, junto a los jefes de Estado de los países bolivarianos, fue, sin duda, también, un día de gloria para aquel caraqueño que sostuvo con tanta bizarría y convicción que Simón Bolívar era una gloria de la hispanidad.

En cuanto al conocimiento y estimación que a comienzos de siglo se tenía en España de los escritores hispanoamericanos, elijo como documento las breves pero urticantes confesiones de Pío Baroja, uno de los grandes de España, de quien pudo haberse esperado un juicio menos intemperante que el que aparece en su libro *Juventud. Egotría* (1917) bajo el título "Los americanos". *Juventud. Egotría* es, como se sabe, obra apasionada e irreverente en toda su extensión. En el pequeño capítulo dedicado a América y a sus escritores, éstas son las expresiones de Baroja:

"América es por excelencia un continente estúpido (...) El americano no ha pasado de ser un mono que imita (...) Yo no tengo motivo particular de odio contra los americanos; la hostilidad que siento contra ellos es por no haber conocido a uno que tuviera un aire de persona, un aire de hombre (...) La misma falta de simpatía que siento por los hispanoamericanos experimento por sus obras literarias. Todo lo que he leído de los americanos, a pesar de las adulaciones interesadas de Unamuno, lo he encontrado mísero y sin consistencia (...) Muchos afirman que nosotros los españoles, por política, debemos elogiar a los americanos. Es una de

15. *Ibid.*, p. 179.

16. *Ibid.*, p. 181.

tantas recomendaciones que salen de esos antros de hombres de sombrero de copa y con un discurso dentro que llaman sociedades iberoamericanas¹⁷.

Si he reproducido por extenso esta andanada del admirable Baroja es precisamente porque pienso que nada sobrevive en España de aquella gratuita fobia. Transcribirla aquí no tiene otro propósito que el de ilustrar con testimonio tan importante, el estado de las relaciones literarias entre España e Iberoamérica hacia 1917. Así podrá calibrarse más exactamente la enrarecida atmósfera dentro de la que Blanco-Fombona concibió y echó a andar su Editorial "América".

Inicia sus actividades la Editorial en abril de 1915, y las concluye en 1933, cuando su director-fundador abandona a Madrid para encargarse de las Gobernaciones de Almería y de Navarra. En dieciocho años de existencia publica 324 volúmenes¹⁸, distribuidos en nueve colecciones, de las cuales las más importantes fueron las series "Andrés Bello", con 73 títulos; "Ayacucho", con 63; "Autores Célebres", con 83.

Siguen, en orden de importancia, las series "Ciencias Políticas y Sociales", con 28 títulos; "Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana", con 21; y "Autores varios", con 25. Las tres últimas se denominaron "Porvenir" y "La novela para todos", con 12 títulos cada una; e "Historial colonial de América" con siete¹⁹.

Cabría preguntarse, para concluir cuáles fueron los propósitos que movieron a Blanco-Fombona a fundar y sostener esta Editorial por espacio de tantos años. Desde luego, y en un orden estrictamente personal, aquella empresa fue un modo honesto y nada fácil de ganarse la vida un desterrado político sin bienes de fortuna²⁰. Pero no sería exacto ni justo

17. Pío Baroja, "Los americanos". *Juventud. Egotría, en Obras completas*, volumen V, pp. 213-214, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

18. Me fundamento en la minuciosa obra de Rafael Ramón Castellanos, uno de los especialistas venezolanos en esta materia, titulada *Rufino Blanco-Fombona. Ensayo Bibliográfico* (Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1975, 514 pp.). He consultado también, con gran provecho, el estudio bibliográfico de Edgar Gabaldón Márquez que sirve de prólogo a la edición de las *Obras selectas de Blanco-Fombona* hecha por Edime (Caracas-Madrid, 1958, "Clásicos y Modernos Hispanoamericanos").

19. Sobre la autenticidad de la *Biblioteca de Historia Colonial de América* hay que advertir que la totalidad de sus títulos son el producto de ingeniosas falsificaciones históricas de Rafael Bolívar Coronado, un venezolano que trabajó con Blanco-Fombona en la Editorial "América", y que publicó como ajenas obras propias, a las que puso bajo el amparo de nombres inexistentes o fallecidos mucho tiempo atrás.

20. Edgar Gabaldón Márquez, en el prólogo citado (ver nota 17) refiere que en una conferencia que dictó en Barcelona de España, Blanco-Fombona dijo: "Advertí, apenas llegué a España en 1914, que en España había un filón por explotar con el libro de América. Y me convertí en editor".

reducir dicha actividad a sólo el comprensible deseo y a la necesidad de obtener alguna ganancia quien invertía tiempo, dinero y energías en una industria privada. Si a ello se hubiesen reducido las aspiraciones de Blanco-Fombona, hoy no estaríamos hablando de él aquí.

La Editorial "América" tuvo como principal objetivo el de dar a conocer en España a los mejores creadores y pensadores iberoamericanos tanto del pasado como del presente siglo, y a favorecer, sin duda, ese mismo conocimiento entre los lectores de los diversos países de América. Observándola de conjunto, se nos aparece como una empresa formidable que nació y creció dentro de circunstancias adversas o de indiferencia total hasta convertirse en un gran centro de difusión a través de las series en que se especializó, las cuales revelan no sólo el aliento americanista y universal de su director, sino también la garra y la visión de quien estaba al día y se anticipaba al futuro. Blanco-Fombona elige el nombre de "Andrés Bello" para divulgar autores fundamentales en una gran colección literaria, que reúne grandes voces hispanoamericanas, de las que sólo a título de ejemplo, me permito citar a Bello, Montalvo, Gutiérrez Nájera, Casal, Martí, Díaz Mirón, Darío, Herrera y Reisig, Valencia, González Prada, Rodó, Díaz Rodríguez y Pocaterra. Bajo la denominación de "Ayacucho" colocó una serie importantísima de historia de América, que se continúa, con cierta orientación pedagógica, en la "Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana". En el orden de los pensadores, la serie de mayor acogida fue la "Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales". Son éstas las colecciones de mayor interés para la presente ponencia. Todas ellas responden a una concepción americanista, y constituyen, numéricamente hablando, casi el 60 por 100 de la totalidad de los volúmenes impresos por la Editorial "América", si se incluyen los siete discutibles títulos de la serie "Historia colonial de América". El 40 por 100 restante se reparte entre obras europeas, algunas de las cuales tenían el propósito indudable de contribuir al financiamiento de la Editorial, y, por tanto, a subsidiar obras de autores americanos que comenzaban a abrirse paso en la Península, y de las cuales no podían esperarse ganancias sino pérdidas.

En su libro *La espada del samuray* incluye uno de sus trabajos de interés para el tema que nos ocupa. Su título "Relaciones literarias entre España y América" es, en esencia, idéntico al de este Congreso. Las ideas que en él se expresan, salvo las que ya el tiempo ha envejecido, conservan validez. Blanco-Fombona defiende la reciprocidad entre los escritores de uno y otro lado del Atlántico; aboga porque el conocimiento mutuo sea cada vez mayor; declara que no se trata de una competencia en que unos le arrebatan a otros el mercado librero, porque las obras de americanos

y españoles no se excluyen sino que se complementan; y finaliza su artículo con una visión profética, exacta, al anticipar la llegada de grandes escritores latinoamericanos como Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, Alejo Carpentier. El no alcanzó a conocerlos, pero los presintió en galana frase de homenaje a España: "lo que han hecho los padres, lo repetirán los hijos". Con sus palabras concluyo esta intervención:

"En cuanto a la novela, [no tenemos en América nada que pueda parecerse] a un creador como Galdós, a quien puede equipararse en cierto modo con Dickens o Balzac, sería en vano buscarlo en toda la extensión del Nuevo Mundo, sin excluir a los Estados Unidos. No conocemos todavía a esos divinos monstruos. Nuestras jóvenes garras no tienen esos filos. Pero esperamos el porvenir con la sonrisa de la confianza. No correrá mucho tiempo sin que monstruos semejantes, y otros aún mayores, nos sean familiares. Está en el orden natural de las cosas. Lo que han hecho los padres, lo repetirán los hijos"²¹.

21. *La espada del samuray*, pp. 72-73.